

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 20 de Julio de 1899

Núm. 452



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Carta agradable.



Curro Vargas

I

Lo que puedo decir de esta obra es tanto que no sé si podré contenerme en los estrechos límites de un artículo; quisiera ser revistero de los que privan en todos, ó casi todos los periódicos: los cuales, con breves palabras, absuelven ó condenan, y con desenfadado envidiable formulan las conclusiones. En casos como el presente la labor de quien emite opinión es fácil: ¡«Paso, Dicenta, Chapi... prepárenme el pebetero, que voy á quemar perfumes»! El juicio está hecho tan de antemano como la marcha de la música y de las antorchas que acompañaron á los autores hasta su hospedaje. ¡Ah, qué cómoda tarea formar en el coro de alabanzas y escribir cuartillas sin envidia, sin que tenga uno que poner en juego la reflexión y colocar en orden de batalla todos los materiales del estudio, para que triunfe la severa justicia! A estos voceadores (que no otra cosa son, y no me costará mucho soplar sobre el castillo de naipes en que se encaraman y acuartelan) les ocurre lo que al *ingenioso hidalgo* con sus libros de caballería: como están convencidos previamente, no hay forma de apearlos: y así, aun cuando la dichosa labor del artista no responda á los merecimientos de su fama, ellos aplauden sin tino ni mesura. Y es tan cierto lo que digo, y tan lejos van en su parecido con don Quijote, que hasta dan por realizado y verídico lo que ven ilusamente en su imaginación: por ejemplo, el extraordinario triunfo, la *delirante y espontánea* compañía de los hospicianos, con bombos, platillos y hachas, preparada por el empresario indudablemente, y en que no tomó más parte el público, reducido á un grupo de cincuenta personas, que la manifestada por la más fría é indiferente frialdad. Ni un viva, ni una aclamación. Los músicos tuvieron que recoger los atriles. Este es el hecho que yo he presenciado, y Paso y Dicenta saben, como lo sé yo, que si se dijeran siempre las cosas según las digo ahora, no habria embusteros en el mundo. Pues en algunos periódicos no resulta así. Es más, y sigo apelando al recuerdo y á la sinceridad de los autores: hoja diaria corre por esas manos que afirma haber oído en el primer acto aplausos y vítores, *sucedíendose sin interrupción*, como se suceden, durante la tempestad, las olas en el océano; y en el primer acto, declaro (la mano puesta sobre la conciencia) que no hubo ni una sola manifestación unida y *unánime*; aplausos sí, y hasta repeticiones pedidas por una minoría... menos graciosa que la de Romero Robledo: el público, el gran público, el serio, el imparcial, el que no sufre la *fiebre de los apasionamientos* (y en este caso más aún) *ni tampoco* cambió de postura. Ahora añado, para que se vea que no mueve mi pluma el afán de censurar, [que precisamente, ese acto es *casi* lo mejor de la obra: nó porque resulte fácil hacer un primer acto, sinó á pesar de semejante ventaja.

Estas posiciones que tomo, me animan á mantenerme fuerte contra muchos peligros: el de hablar claro; el de salirme del coro, no de tan inverosímil y torpe manera como se sale Curro Vargas, y el de emitir juicio acerca de una obra en que no hay que romper contra sus vicios y defectos tanto como se ha de combatir contra prejuicios tristes. Afortunadamente no soy revistero: gozo (y he gozado siempre, aun figurando en periódicos donde es más difícil la independencia) de la inmunidad que merece quien defiende los fueros de la razón, amparándose de las armas y recursos que le proporciona la sana crítica, y no hay quien me obligue á que eche la más diminuta piedra de parcialidad. No pertenezco á este bando ni al otro (me he enterado de que había bandos — y lo condeno — por lo leído en algunas publicaciones). Digo lo que siento y lo que sé, y esta franqueza mía, que no tiene mácula de pecado—ni siquiera la mácula de la ignorancia, de que son testimonio muchos de los que hasta se han atrevido á escribir que Paso y Dicenta no se *inspiraron* en «El Niño de la Bola» (Dicenta y Paso saben también, y tan bien como lo sé yo, si soy más verídico que ellos), esta franqueza mía no es censurable, sinó plausible. A los autores les hace más daño la loca parcialidad de los amigos: de los que afirman, entre otras cosas, que Paso es nuestro primer poeta lírico y que Dicenta ha hecho triunfar con el «Juan José» la literatura en escena. (A Dicenta y á Paso les consta, recurro á su indiscutible buena fé y á su probada modestia, que eso pasa de hipérbole, ó como si dijéramos de castaño obscuro). ¿El primer poeta lírico? No será por estos versos:

« Descendí lentamente al bosque humbroso
y ví una mariposa entre flores,

y luego vi llegar, muerto de amores,
á un pobre mariposo. »

¡Ah pobre, infeliz mariposo, muerta de amores! ¡Y ah pobre primer poeta lirico condenado á ver lo que no ve mortal alguno, (porque no es poeta ni primero, como los galanes), una mariposa entre flores; y luego... luego...

«Al llegar á la cumbre de una loma
con paso distraído y perezoso,
vi á un palomo arrullando á una paloma,
y aun cuando aquel palomo hacia el oso,
yo no he visto un palomo más hermoso.»

Notemos que sigue viendo el vate portentos de los que no participan, en cuanto á la adivinación, ni las gentes vulgares, ni los poetas de segundo ó tercer orden. Nó, nó: hay que ser un primero, un príncipe, un Paso, para ver á un palomo arrullando á una paloma, *aun cuando* el palomo haga el oso, y *no ver* un palomo más... Narciso. ¡Qué tacto, qué ojo, y qué proporción para los que trafican en ese género volátil! A Paso ahí, le ocurre algo parecido á lo que á Velarde en cierto poema, donde amanece cuando casi no ha acabado de anochecer: Paso descende al bosque perezosamente y se halla en la cumbre de una loma, sin saber cómo ni cuando, aunque bajó y subió no por arte de birlibirloque, sino *perezosamente* primero y con paso distraído y *perezoso* después. Me parece que necesitaba, por lo menos media docena de versos más... si la distracción y la fuerza del consonante no le obligaran á usar de la prerogativa propia de los seres privilegiados y absolutos.

Hasta en el mismo Curro Vargas:

«Y la virgen reclinada
sobre sus andas de flores:
las muchachas más bonitas,
disponiéndose á bailar
con el mozo del lugar
que á las ánimas benditas
quiera más dinero dar.

Yo no he visto, ni creo que haya visto nadie, aún tratándose de imágenes baratas, de las de á real y medio, á ninguna virgen reclinándose sobre las andas, como si se tumbara en una perezosa; y las ánimas benditas están en el secreto de que sólo versificando se atreve un primer poeta á conceder la primacia del baile al mozo que «quiera más dinero dar». Pero en fin, de algo ha de valerle á Paso ser capitán general de la lírica española.

Claro está que todo ello es cosa aparte, como paréntesis, en lo que yo tenía pensado respecto de Curro Vargas, y más claro aún, que no deseo mortificar á Paso, contra quien no me anima el más leve asomo de resentimiento. He querido probar que los... los elogios injustificados, antes perjudican que mejoran la fama de quien la consigue en buena lid. Porque caballeros ¡cuidado que es fuerte eso de llamar á Paso nuestro primer poeta lirico, y para colmo colocarle sobre «la obra marmórea de Núñez de Arce, nuestro gran poeta para andar por casa»! Francamente, yo que sé que, en efecto Paso, á pesar de lo que escribo tiene talento, habrá arrugado el ceño y habrá sentido sensación de malestar y disgusto al leer eso que pudiera haberse reservado el revisero para más tarde... para una elegía sentimental. Resulta, pues, que yo analizando contra mi deseo los versos de Paso, le hago más justicia que el panegirista que á tontas y á locas le ha puesto sobre la cabeza de un Júpiter. Podrá ser, no quiero discutirlo ahora, y menos con un revisero anónimo (y conste que muchos aun cuando declaren su firma son anónimos también) podrá ser, digo, que Núñez de Arce sea «nuestro gran poeta para andar por casa», pero si él es poeta así, será poeta para andar en zapatillas y hasta en mangas de camisa, y Paso, entonces, resultará... poeta sin mangas y sin zapatillas. Porque á lo menos, si otra cosa no le valiera á Núñez de Arce... que en efecto, le vale, valdriale el haber hecho la obra marmórea: es decir, versos en que no se repitan las asonancias y consonancias con tan poca gracia como en los versos donde se dan la mano «arrullando», «cuando», «palomo», «hermoso», etcétera. ¡Ah, señores reviseros, en estas cosas no vale el *nihil!* Es preciso tener talento y haber estudiado.

No me queda tiempo para seguir en este primer artículo el estudio de Curro Vargas. En otro será. Pase lo dicho en guisa de prefacio, y conste que yo no tengo nada que ver (como está en distintas ocasiones demostrado) con la parcialidad política, ni con las necesidades literarias. Declaro la verdad, porque entiendo que en la crítica, se debe declarar como en los tribunales de justicia: por el santo nombre de Dios y á título de conciencia: los reviseros impresionistas pueden engañar al público inocentemente, el crítico nó.

Y para terminar este apunte: en literatura, en las altas filosofías de la literatura, ¿Curro Vargas es obra buena ó mala?

J. F. Luján.



Segundo acto.

El abonado á la platea

Despacho del empresario en la contaduría de su teatro.

EL ORDENANZA (*llamando*).—¡Pom, pom! Pues señor, no responden, y como estar sí están.

EL EMPRESARIO (*desde dentro*).—¿Quién es?

ORDENANZA.—Yo, don José. Aquí hay un señor que es abonado y que quiere hablarle.

EMPRESARIO (*desde dentro*).—Bueno, que espere un momento (*pausa*). Pase usted (*abriendo la puerta*).

ABONADO.—Usted perdonará, si vengo á importunarle...

EMPRESARIO.—Nó, de ninguna manera.

ABONADO.—Cómo tenía la puerta cerrada y no contestaba...

EMPRESARIO.—Es que... ¿sabe usted? cuando trabajo quiero dedicar toda mi atención á ello, y de otro modo me importunarían... Ya ve usted; viene aquí tanta gente... Pero, siéntese y dígame á qué debo...

ABONADO.—¿Mi visita? Ah, señor empresario, sin duda le extrañará.

EMPRESARIO.—¿Ah, sí?

ABONADO.—O mejor dicho, no le extrañará.

EMPRESARIO.—¿Ah, nó?

ABONADO.—En una palabra, ¿tiene usted inconveniente en que yo sea su socio?

EMPRESARIO.—¿Qué me cuenta usted?

ABONADO.—Lo que ha oído, quiero ser socio de usted; tengo suficiente dinero para serlo, y por tanto, á ello me ofrezco.

EMPRESARIO.—Pero dígame, ¿en qué consiste?... No me explico...

ABONADO.—Ah, ese es mi secreto.

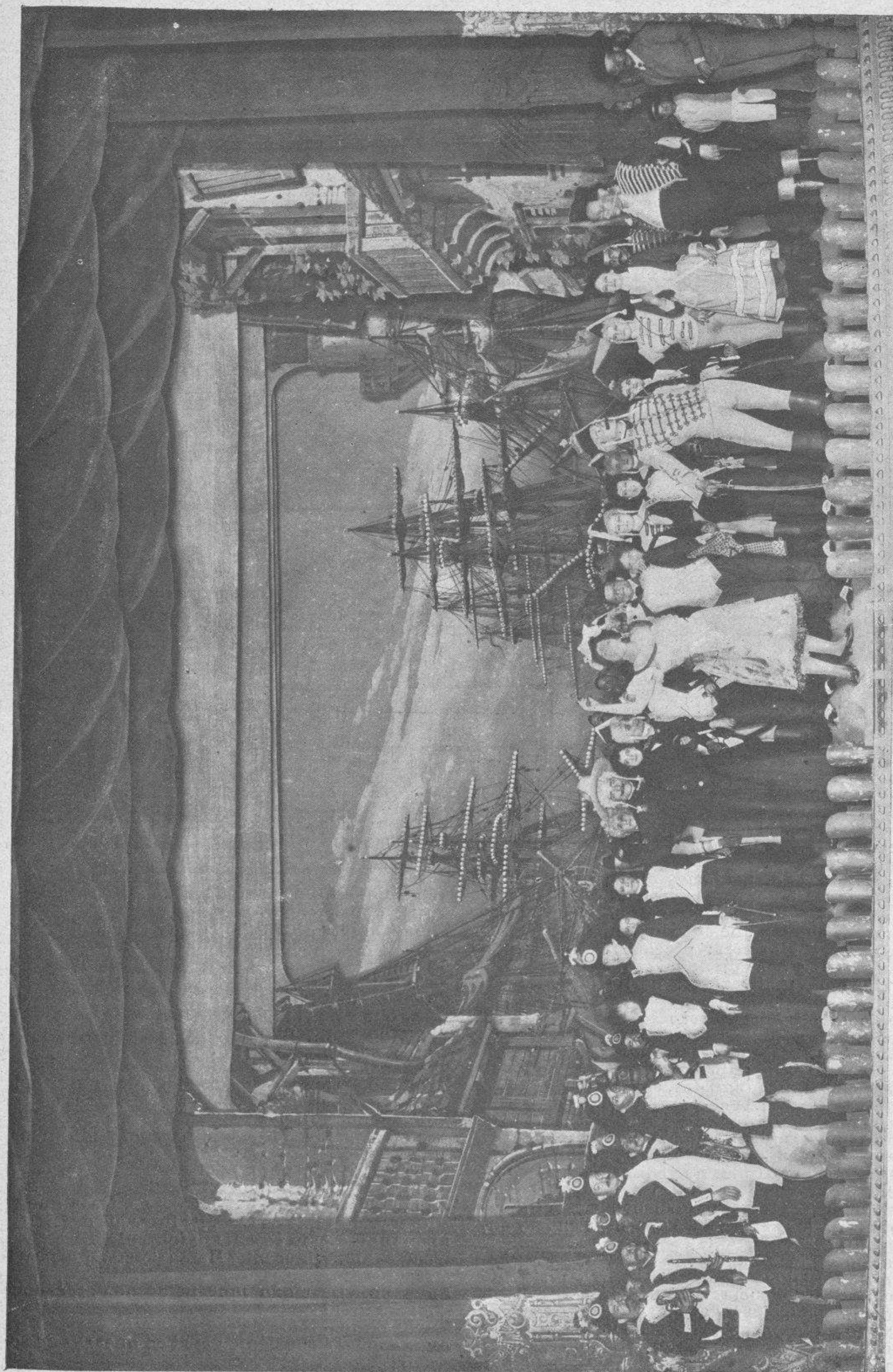
EMPRESARIO.—Porque habiendo tantos negocios y asuntos en que un hombre emprendedor y activo puede arriesgarse, me choca que haya preferido este del teatro, que tan extraño debe ser para usted.

ABONADO.—Nó, extraño no; ya sabe usted que estoy abonado á una platea desde hace años y que, por tanto, casi, casi puedo considerarme de la casa.

EMPRESARIO.—¡Oh! es tan diferente el teatro visto desde el público...

ABONADO.—Asisto á muchos ensayos, tengo ya amistad con varios artistas de la compañía.

FAN-FAN LA TULIPE



Final de la obra.



—Ya vienen, la merienda es segura.

EMPRESARIO.—¡Ah! ¿con las tiples?

ABONADO.—Y con los artistas. Precisamente, el tenor...

EMPRESARIO.—Nó, hablemos claro; usted viene aquí inducido por otra persona; ¿quién sabe si la idea de asociarse conmigo, se la ha hecho concebir alguien que en ello tiene interés?...

ABONADO.—No lo crea; precisamente, Josefina nunca me ha hablado de tal cosa.

EMPRESARIO.—¡Ah! ¿es la señorita Josefina? vamos, ya pareció el peine.

ABONADO.—¿Cómo el peine?

EMPRESARIO.—La interesada quiero decir.

ABONADO.—¿Desaprueba usted mi elección?

EMPRESARIO.—¿Yo? ¡Libreme Dios! para mi todas esas señoritas son iguales, sólo las miro como empresario... desde el punto de vista artístico.

ABONADO.—Vamos que...

EMPRESARIO (*muy serio*).—No, señor, nó; desde el momento en que á los ojos de cualquiera de ellas, lo mismo tiple, que bailarina, etc., quisiera pasar por otra cosa, estaba perdido; no tendría fuerza moral para disponer este tinglado, ni sabría sustraerme á sus caprichos y antojos.

ABONADO.—Eso no, ¡teniendo carácter!...

EMPRESARIO.—Para nada serviría. Nada; hay que tenerlas á distancia respetuosa; de ese modo cada uno ocupa el lugar que debe.

ABONADO.—¿Entonces mis pretensiones?...

EMPRESARIO.—Eso es distinto; usted no toma la empresa de teatros como negocio, sino por otros fines particulares; usted no está en el peligro que yo señalaba antes.

ABONADO.—Claro. Pues le confieso que mi idea es

proteger á la señorita Josefina; darle más importancia de la que ahora tiene; hacerla brillar; en una palabra, conseguir que haga carrera.

EMPRESARIO.—¡Si ya la ha hecho!

ABONADO.—Nó, no es bastante, debe ocupar otro puesto más... más...

EMPRESARIO.—¡Oh! ¡si fuera á ocupar el puesto que le corresponde!...

ABONADO.—Yo desde luego le confieso que estoy chiflado por ella ¿lo merece, verdad?

EMPRESARIO.—¡Ph! Usted sabrá; yo, ya le he dicho que sólo el punto artístico...

ABONADO.—Sí, señor, sí; Josefina es bonita; eso no puede usted negarlo.

EMPRESARIO.—No trato...

ABONADO.—Tiene gracia; es elegante, y al propio tiempo, discreta y honrada.

EMPRESARIO.—¿Hola?

ABONADO.—Sí, señor; me lo ha confesado su madre.

EMPRESARIO.—¿Y por qué ella nó?

ABONADO.—Le da vergüenza.

EMPRESARIO.—¿Le da vergüenza confesar que es honrada? Sí que es raro, ¡si fuera al revés!

ABONADO.—Como es así, tan inocente...

EMPRESARIO.—¿Inocente? Harán ustedes buena pareja.

ABONADO.—De modo ¿que usted no desaprueba mi elección?

EMPRESARIO.—Nada de eso.

ABONADO.—¿Y consiente usted en que sea su socio?

EMPRESARIO.—Sí.

ABONADO.—¡Qué dicha! podré empujar á Josefina.



Buscando nidos.

EMPRESARIO.—Sí, hombre, la empujaremos; es decir, la empujará usted.

ABONADO.—Entonces usted dirá cómo arreglamos nuestro asunto; porque, mire usted; yo no quiero figurar para nada, tengo plena confianza en usted.

EMPRESARIO.—¡Oh! puede usted tenerla.

The Standard.

ABONADO.—No hay más que hablar; un sencillo documento privado y pongo á disposición de usted los fondos que solicite.

EMPRESARIO.—Del modo que usted quiera y cuando usted quiera.

ABONADO.—Entonces hasta la noche en que ultimaremos el asunto; ahora corro á casa de Josefina.

EMPRESARIO.—No estará.

ABONADO.—¿Cómo?

EMPRESARIO.—Digo que no estará bien que lo demore usted.

ABONADO.—Con que ya sabe... tanto gusto, y hasta luego, mi querido socio.

EMPRESARIO.—Vaya usted con Dios, coempresario... Hasta luego. (*Sale el abonado*).

★ ★

Al quedarse solo el empresario, sonríe, se frota las manos y abre una puertecita que hay en el fondo de la contaduría:

EMPRESARIO.—Chis, Josefina, ya puedes salir.

JOSEFINA.—Gracias á Dios; me iba quedando dormida ¿quién era ese *pelma*?

EMPRESARIO.—Era nuestra salvación, era lo ideal, lo que no podríamos soñar; anda hijita, arréglate y corre á tu casa, que allí sabrás la noticia.

JOSEFINA.—¡Ah!, ¿pero era?...

EMPRESARIO.—El mismo, y cuidado lo que haces y cómo le tratas, porque ya es cuestión de empresa. Ah, y pregunta á

tu madre, pues creo que te ha dado un papel que no sé si sabrás hacer... por lo menos aquí no has sabido. Adiós, hijita (*le da un beso y sale JOSEFINA*).

¡Señor, señor! que ninguna de estas dos razas se acaben nunca; por lo menos, siendo yo empresario.

AGUSTÍN R. BONNAT



Esperándole.

Cuento andaluz

Una alegre población
que hay á orillas del Genil,
tuvo el capricho guasón
de llamar *Napoleón*
á cualquier guardia civil.

Y una tarde, entre dos luces,
Curro y Manolo, andaluces,
pero de los más cerriles,
vinieron á dar de bruces
contra dos guardias civiles.

Curro se puso amarillo,
Manolo, que era guasón,
se echó la mano al bolsillo
diciendo á voces:—¡Currillo!
¿cámbiasme un *napoleón*?

Pero los guardias bru'ales,
pagaron con golpes tales
la gracia de aquel zulú,
que le hicieron cardenales
que hablaban á Dios da tú.

Cuando, cansados sin duda
de dar paliza tan ruda,
dejaron al pobre solo,
fué Curro y dijo:—Manolo..
¿quieres más plata menuda?...

A. SERRA CUBEL'S



Ciclistas curiosas.

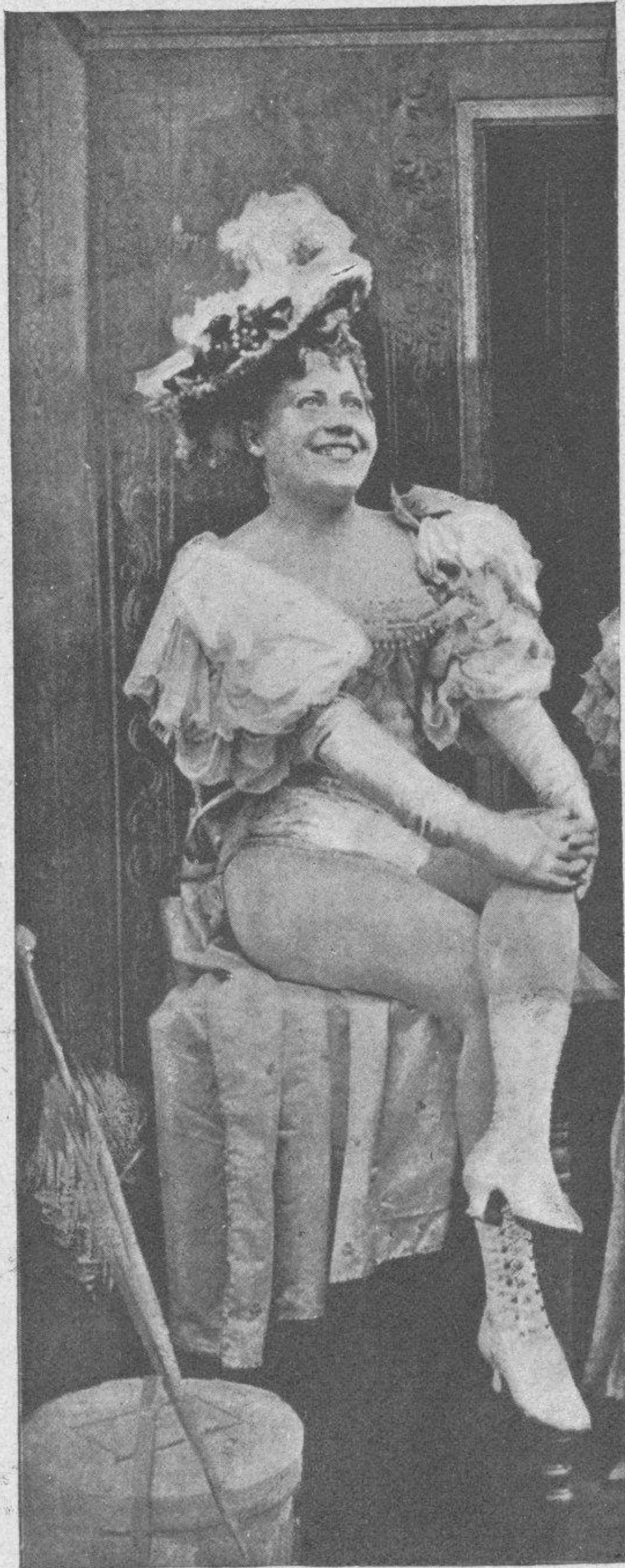
Standard.

Feminismo

El feminismo triunfa: lo que empezó por bromas y en broma fué tomado, acaba por ser asunto serio, digno de atención y de estudio.

Europa va á convertirse dentro de poco en una «Isla de San Balandrán,» pasando lo bufo de otros días á ser triste realidad.

No es que me asuste la preponderancia que toma la adorable mitad de la especie humana, nada



— Arturo desea pasar.

— Dile que entre, creo que encontrará la horma de su zapato.

de eso: soy de los que gustan de la mujer intelectual, como decimos ahora, decidida y despreocupada, hasta cierto punto; me agrada sobre manera tropezar con señoritas, verdaderas señoritas, que no se asusten ni encojan al encontrarse frente á frente con un hombre; que tengan conversación amena; que sin petulancias ni cursilerías, le den un revolcón al más pintado; que sean entendidas en cuestiones de arte y de ciencia; que conozcan la sociedad; un poco y no usen de fingidos aspavientos; que no haya que recurrir, con ellas, á la *socorrida* conversación de la temperatura ó del traje; que hagan olvidar su hermosura ó fealdad, para hacer admirar su talento claro, viva imaginación y propia delicadeza...

Me gustan las mujeres así, instruidas, sin cargantes mogigaterías, sin fingidos recatos: libres, sin libertinaje. Hasta creo que por haber tan pocas de éstas, ó porque no conozco á ninguna permanezco soltero.

Pero este triunfo del feminismo; este predominio de la mujer, es alarmante y no deja de entristecerme, puesto que implica el decadentismo del hombre.

Cosa olvidada es, que hace mucho tiempo vamos de capa caída; pero no por eso deja de ser menos sensible nuestro decaimiento.

Si el hombre no ha llegado todavía (algunos sí) á ocuparse en oficios mujeriles, le falta poco. Por lo menos empieza á ser indolente como hembra americana, y en algunas esferas es tan dado al charlatanismo, como las domésticas de casas grandes.

Esto aumenta la debilidad del género, y esta es sin duda una de las múltiples causas, que explican el afán en las mujeres, de invadir el terreno que sólo los hombres debieran cultivar.

Ya Francia las ha autorizado, para que ejerzan de defensores en los tribunales de justicia, y poco ha de vivir el que no las vea en las Cámaras llevando la representación de un distrito y erigidas en jefes de Estado, tal vez, más serios y dignos de aprecio que los que ahora se estilan.

Verdad es que poco han de trabajar para distinguirse, dado que los políticos han quedado reducidos á charlatanes de tres al cuarto.

Ante este movimiento de avance de la mujer, el hombre permanece impassible. No se alarma, ni se preocupa siquiera. Va perdiendo terreno y nada hace por recuperarlo, quizás porque conoce que carece para ello de energías bastantes.

Ni estudia el modo de contrarrestar esa influencia que le empequeñece y pone en ridículo, ni quiere convencerse de que el trabajo purifica como el fuego, da vigor y hace aumentar el respeto y la consideración hacia el que trabaja y se desvela. De aquí el que las mujeres, con muy buen acuerdo, empiecen á despreciarnos. — cansadas de no encontrar más que hombres que, á más de ignorantes, se acicalan y perfuman como damiselas, — y estén resueltas á ganar cada día un poco de terreno, puesto que dejamos que nos lo arrebatan.

Se explica perfectamente, pues, el triunfo del feminismo; triunfo el más lógico que ha podido conseguir la mujer de nuestros días.

Y lo que verdaderamente lamento, es que el adorable sexo carezca de poder bastante para cambiar por completo los papeles.

Porque ya que tan afeminados é ineptos nos volvemos, mereceríamos parir con dolores.

Y ¡quién sabe! Puede que llegue el caso.

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ



Miss Leodiska.

Esplugas.



Estoy á la disposición de ustedes

Ogerau.



I.—¡Qué dulce es pasar la vida
en la soledad del campo

sin preocuparse de nada,
sin penas y sin cuidados!

La ampliación

Ruperto Zascandil debía ser completamente dichoso. Tenía veintisiete años y otros tantos millones que su padre había logrado reunir honradamente ejerciendo el contrabando en el campo de Gibraltar, y según decían malas lenguas, acunando duros bastante peores que los famosos sevillanos, pues á estos les sobra media anilla y á aquellos les faltaba casi toda la plata.

Joven, rico, con una salud á prueba de excesos y un carácter tranquilo que le impedía preocuparse por nada, Ruperto debía ser, repito, completamente feliz. ¡Vaya si debía serlo! Como que, para que nada le saltase, hasta tenía la gramática parda suficiente para deshacerse de los parásitos que no dejan nunca de acosar á los favorecidos por la fortuna, con el santo fin de dejarles sin ella ó, por lo menos, de recoger los desperdicios.

Bueno, pues á pesar de estas y otras muchas circunstancias favorables, Zascandil notaba un vacío que no era el de su repleto bolsillo, ni el de su estómago, ya que otra de las condiciones que le distinguían era un apetito de maestro de escuela.

¡El corazón! Ahí le dolía, y no en el sentido material de la palabra.

Así como hay quien está enamorado y no sabe la casa, Ruperto tenía empeño en amar y no sabía á quien.

Ninguna de cuantas mujeres veía ó trataba le decía nada, aunque hablase por los codos: á todas encontraba algún defecto, todas tenían algo que le desagradaba; en fin, que no conseguía pren-

darse de ellas, aunque hacía meritorios esfuerzos por conseguirlo.

Pero nunca es tarde cuando llega y á Ruperto le llegó el instante de enamorarse repentinamente, apasionadamente, volcánicamente.

Una tarde pasó por delante del escaparate de una droguería y fijó su vista en un retrato de gran tamaño, a cuyo pie se ostentaba este letrero:

ULTIMA CREACIÓN DE LA FOTOGRAFÍA. *Papel Canard, especial para ampliaciones.*

El retrato era un busto de mujer; pero ¡qué mujer! Ojos grandes y rasgados, perfil correcto, peinado de bandas conforme al último figurín de peluquería, cuello y hombros de estatua griega, y un escote algo exagerado que permitía vislumbrar otras bellezas que no son para descritas minuciosamente.

Ruperto quedó extasiado y su corazón le dijo apresuradamente:

—¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac!

Lo cual en el lenguaje del músculo cardíaco significa, traducido al romance vulgar:

—Esa es la mujer que te está haciendo falta.

Zascandil penetró en la tienda, y encarándose con uno de los dependientes, preguntó:

—¿Quién es esa mujer?

—¿Qué mujer?—preguntó el mancebo sorprendido.

—¿Cuál ha de ser? La del retrato... Esa... Y señaló la ampliación.

—Pues no lo sabemos. Nos la han mandado de

París para que se vea el resultado que da el nuevo papel.

—Entonces lo sabrá el inventor.

—¿El de la mujer?

—Nó: el del papel.

—Es probable.

—Pues véndame usted esa fotografía, cueste lo que cueste, y déme las señas de ese señor.

Momentos después Ruperto estaba complacido y salía de la tienda murmurando:

—Sí, sí: esta es la mujer de mis ensueños, la que yo necesito... Iré á París, al infierno, á donde sea preciso... Si es soltera ó viuda me caso con ella; si es casada, mato al marido ó la robo y emigramos juntos á la Patagonia... aunque eso tal vez sería meter la pata. . En Francia existe el divorcio: antes de apelar á recursos extremos, trataré de entenderme con el marido; soy rico y puedo comprársela. ¡Todo es cuestión de que cualquiera de ambos cónyuges se deje dar por el otro una bofetada para justificar la separación. Y ya procuraré yo que el paciente sea el esposo, aunque me cueste algo más, no fuese á estropear-me á ese ánge, si era él el actor y pegaba fuerte ..

Al llegar aquí Zascandil se detuvo, palideció y siguió monologuando:

—Pero... ¿Y si fuese una .. una de esas mujeres que son... vamos, que no son... como deben ser? De París vienen multitud de fotografías de tales desgraciadas, muchas de ellas hermosísimas... ¡Bah! Entonces todo sería cuestión de prescindir del casorio.

Y hecha tan sesuda reflexión, ya no vaciló más.

Fué á su casa, hizo que le arreglaran apresuradamente una maleta con lo más necesario para un viaje de unos cuantos días y al siguiente tomó el tren, en dirección á la capital de Francia.

Llegó á París, fué á parar á uno de los mejores hoteles y apenas hubo dado al cuerpo el necesario descanso, vistióse esmeradamente, tomó un carruaje y se hizo conducir á donde decían las señas que en la susodicha droguería le habían facilitado.

Apeóse, y entrando en la casa, sostuvo el siguiente diálogo con la portera:

—¿El señor Canard, está en casa?

—¿Canard?... ¡Ah! sí: uno que siempre subía y bajaba con frascos y me llenaba las escaleras de coscorrón... de cotillón... de...

—De colodión.

—Eso es: bien decía yo que acababa en on, Pues no, señor; no está en casa, ni creo que vuelva, gracias á Dios.

—¿Se ha mudado?

—Se ha marchado á Londres.

Ruperto estuvo á punto de desmayarse; pero lo dejó para mejor ocasión y dijo alentando apenas:

—¿No ha dejado las señas?

—Sí, señor; nos dejó una porción de tarjetas por si alguien venía á pedir un papel que decía haberse sacado de la cabeza; pero como no ha venido nadie, yo las he ido empleando para devanadores... No sé si quedará alguna...

—Cinco francos si encuentra usted alguna,— exclamó Zascandil.

—¡Ah! Entonces de seguro la encontraré.

Y en efecto, á los cinco minutos Zascandil tenía en su poder la codiciada tarjeta.

Marchó á Calais, cruzó el canal de la Mancha y, al llegar á Londres, temeroso de algún nuevo contratiempo, se dirigió sin tardanza desde la estación á casa del químico.

—¿Mr. Canard?—preguntó.

—Piso principal, derecha.

Ruperto subió de cuatro en cuatro los esca-



II.—Libre se está de fatigas,
de dolores y quebrantos,

de etiquetas fastidiosas,
que nos hacen sufrir tanto.



III.—Nos puede servir de espejo
el cristal limpio del lago,

y podemos en su orilla
sin temores refrescarnos.

nes, y presa de la más viva emoción penetró en el domicilio de Canard.

—Señor mío, dijo á éste:—necesito que me diga usted quien es esta mujer.

Y le enseñó la ampliación, de la que no se había seperado.

Canard, un viejecillo bajito y delgado, de ojos pequeños y maliciosos, miró el retrato y repuso tranquilamente:

—¿Esta mujer?... Es la mía.

Zascandil exclamó atrevidamente, con el desenfado que dan unos cuantos millones:

—¡Un viejo casado con una niña! Eso es inmoral: dígame usted cuánto quiere por divorciarse y asunto concluído.

Canard miró con curiosidad al atrevido y, sin perder la calma, dijo con acento entre burlón y triste:

—Mi esposa ha muerto, caballero; eso fué lo que me hizo odiosa mi estancia en París.

—¡Infeliz!... ¡Tan hermosa y muerta en la flor de su edad!

—Sí, señor;—replicó el vejete en el mismo tono:—á la florida edad de setenta y dos años, uno menos que yo.

—¡Usted se burla! Esta ampliación...

—Está sacada de una miniatura que se hizo cuando nos casamos, hace unos cincuenta años...

—¡Imposible! El peinado es de moda y...

—Basta, señor mío,—interrumpió Canard, acompañando á Zascandil hasta la puerta.—Yo no tengo la culpa de que las modas vuelvan al cabo de medio siglo... Por lo demás,—añadió con la misma tranquilidad que hasta entonces había demostrado,—puede usted estar seguro de que si, viviendo mi esposa, me hubiese usted hecho la proposición que se ha atrevido á formular, no hubiera salido usted por la escalera, sinó por el balcón.

Y cerró la puerta, dejando á Ruperto en el rellano hecho lo que era, á pesar de todos sus millones: un imbecil.

BLAS QUITO

Pensamientos

Un gobierno confiesa su flaqueza cuando teme á un hombre ó á una discusión.

La convicción es la conciencia del entendimiento.

El que no tiene firmeza, no es un hombre, es una cosa.

El que abusa de un líquido no se mantiene mucho tiempo sólido.

Las coristas

A este grupo tan salado,
de que á tratar me decido,
muchos le han enaltecido
si muchos le han motejado.

Desconozco qué razones
tienen los que noche y día
de las damas de Talía
trituran reputaciones;
peró bien pudiera ser
que estas flores deshojadas
fueran antaño regadas
por quien las hace caer.

Su vida no les abona
ni nunca les abonó,
pero al fin el que venció
no es noble, si lo pregoná.

Y si él á ello se iguala,
—pues dice un poeta ameno
que el hombre no es nada bueno
si la mujer es muy mala,—

¿por qué con vista enemiga
la paja en su ojo notamos
cuando cada cual guardamos
en los propios una viga?

Si estos cristianos serrallos,
sin temor á los escollos,
son los que *enganchan los pollos*
y los que *sueltan los gallos*;
si con locas intenciones
mil precipicios nos trazan
y al infeliz que ellas cazan
lo devuelven sin cañones...
son pecados veniales
que aplaudo, por que á mi ver,
¿qué es lo que hace una mujer
con veinte años y ocho reales?

Ellas urdirán mil timos,
y causarán muchas penas,
y se atracarán de cenas
á costa de muchos primos;

mas confieso en tono serio,
aunque enoje á otros artistas,
que un teatro sin coristas
me parece un cementerio.

Sin ellas no medra el cobre
y siempre está el escenario
tan desierto y solitario
como morada de pobre,
y si tienen poco juicio
y cometen mil diabluras
para con sus travesuras
lograr sacarnos de quicio,
la lucha por la existencia
les hace obrar de tal modo;
y demostrado que todo
lo alegran con su presencia,
digamos, lectores míos,
con el hijo de Don Diego:
«donde hay *coristas* hay juego,
hay pendencias y amoríos.»

EL PALETO BACHILLER.



IV. — Y hasta podemos coger
unos dolores reumáticos,

que nos enseñen lo bueno
que es la soledad del campo.



—Da miedo pensar en lo fría que estará el agua.

Una aventura por un beso

A mi respetable amigo don Luis Murphy

Salimos del teatro: Claudia se aferró á mi brazo fuertemente y yo le dije al oído mil requiebros y ternezas, contándole cuán profundo é inmedible amor me consumía.

Nada replicó al pronto, y aquel silencio suyo me mortificaba, no porque sintiese el resquemo del orgullo herido, sinó porque había en su rostro cierta sombra de tristeza lúgubre, horrible. Al cabo, sin contestar directamente á mis palabras:

—¡Qué desgraciada soy!—exclamó.

Y la voz conque lo dijo, débil, quejumbrosa, sonaba á sollozos.

—¿Desgraciada tú, cuando yo tengo el corazón

embriagado y siento que todo sonrío en esta quietud de la noche que nos protege?

Se echó á llorar amargamente.

Costóme muchísimo trabajo sosegarla. Me hizo jurar cien veces que no dijera á nadie lo acontecido, y después de secarle las lágrimas recobró su alegría, aquella alegría de joven inquieta, avispada, loca, que constituía su mayor encanto. Comenzó á charlar por los codos. ¡Qué linda me pareció entonces, con la tez encendida, como si ardiese en ella todo el fuego del luminar que nos alumbraba y calienta, y hasta tal punto, que ni trazas quedaron de las preciosas perlas que poco antes rodaban de sus ojos á sus mejillas! Me la hubiera comido á besos y trabajo me costó el contenerme: como que á juzgar por el sacrificio gané en breves segundos, lo menos, lo menos tres pulgadas de gloria. No pude mantenerme hasta el fin en mi papel de santo y murmuré:

—Déjame que te bese.

—Nó, nó,—repuso la joven con gesto que no sé si era signo de pudor, ó mueca de esquivéz.

Porfiamos, y como en estas luchas, y más cuando se camina por callejas solitarias, se avivan y subleban todos los instintos del hombre, tanto como se acrecienta la debilidad de la mujer, conseguí á la postre estrecharla en mis brazos y sellar con un ósculo vehemente, en que salió toda la lava del corazón, su dulce boca. Aquel beso mío dió al traste con toda la altivez de mi pareja, y sus labios respondieron apasionadamente á mi caricia.

Voces agrias, de disputa, cortaron el sabroso idilio, convirtiéndolo en tragedia. Dos hombres dirimían una cuestión, que suscitaría sin duda el vino, pues acababan de salir de una de las tabernas que en aquellos extraviados barrios eran albergue de truhanes: la riña fué tan horrible como breve: oímos un ¡ay, madre! proferido con indefinible modulación de angustia, y un cuerpo cayó pesadamente en la acera, mientras el asesino echó á correr como alma que lleva el diablo.

Solté á Claudia que huyó temerosa y aturdida y me agaché hacia el moribundo para prestarle auxilio: ¡Cómo pintar mi asombro, mi espanto, cuando reconocí en la pobre víctima al marido de mi adorable compañera! Un sudor frío invadió todo mi cuerpo: quise retroceder y no supe: el desventurado lanzó un gemido y dejó de existir.

Asomaron á poco dos gendarmes, y atándome fuertemente, me condujeron al *Violon* (1), metiéndome en un lóbreo y húmedo calabozo, á pesar de mis protestas.

Allí permanecí dos meses. Probada mi inocencia, pusiéronme en libertad; pero con tan mala ventura, para mi persona, que no fué sinó á costa de un reuma infame y de cuantos recursos llevaba en el bolsillo.

Como Dios me dió á entender, recogí mi pobre equipaje, y con algunos *cuartejos* que me enviaron de mi patria, tomé billete en uno de los vapores que hacen la carrera entre Cartagena y Orán.

Algunos meses después, llegó al

(1) Ocurría esto en las Colonias francesas,



Tomando precauciones.

pueblo una compañía de bailarinas, contratada por la empresa del « Teatro Circo ».

Como soy poco aficionado á Terpsícore, dejé pasar muchas noches, sin ir á aquel hermoso coliseo, hasta que una de ellas, mi amigo Gómez se empñó en que fuésemos juntos á ver el baile «Excelcior».

Durante el primer entreacto subimos al escenario, porque Gómez tenía interés en presentarme á una de las danzantes, la primera del lucido cuerpo coreográfico, mujer hermosa y retrechera, según él, y con la cual había trabado conocimiento y amistad.

Después de muchos rodeos, penetramos en el perfumado camarín, que sí lo era, aunque más trascendía en el olor á humo de demonios que á esencias de virgen, con tal sibaritismo, y con tanta coquet ría estaba adornado hasta en los más leves pormenores.

Un frío glacial se apoderó de todo mi individuo, y retrocedí como si, efectivamente, acabara de ver ante mis ojos al espíritu infernal.

En la bailarina reconocí á la Claudia de mis desdichas.

Desde entonces juré no hacer más el Tenorio.
José SELMA ORTIZ



Desafiando al sol.



I. — Nada, por más que le miro no se atreve, y..

Cuento

Estando en una ocasión el Alcalde de cierto pueblo ajustando las cuentas de propios que tenía que dar al Jefe político, iba el escribano haciendo las sumas, y como al final de cada columna dijese *llevo dos*, si la suma era 20, ó tres si era 30, el Alcalde repetía:

—Y yo otros tres. A cada suma decía el Alcalde lo mismo, hasta que el escribano, viendo que el monterilla gri-

taba *llevo dos, tres... etcétera.*

—¿Qué demonios charla usted, ni qué ha de *llevar* sinó saca cuenta alguna?— le dijo.

—¿Caramba, cree usted, señor escribano, que usted sólo se ha de chupar la breva? Si usted *lleva tres*, ó cuatro, ó cinco, yo me he de *llevar* otro tanto.

—¡Pero si yo no me *llevo* nada para mí! Eso es lo que llevo del resultado de la suma de cada columna para agre-

garlo á la suma de lo siguiente.

—A mí no me engaña usted...; yo le he oído que *llevo* tanto y cuanto, y ó yo me *llevo* lo mismo, ó las cuentas se han de dar como son, y legalmente.

No hubo forma de hacer comprender al Alcalde que se trataba de una simple operación de sumar, y no de un fraude.

EQUIS.

Conquista frustrada

Preciosa criatura
que vas cogiendo flores,
vuelve hacia mí los ojos
y dí cual es tu nombre...

Nada contestas, niña;
tal vez porque supones
que soy uno de tantos,
que para hacer la corte,
se valen de palabras
indiscretas ó torpes.

De corazón te digo
que son mis fines nobles;
no seas, pues, ingrata,
consiente mis amores

y evita con cariño,
que el pesar me sofoque...

Niña, sin duda tienes
el corazón de bronce,
porque no te has dignado
escuchar mis razones.

—Oiga usted: mi marido
tiene una tranca enorme.

¿Quiere usted que le llame?

—Nó, gracias. (¡Caracoles!
Al más terco convencen
tales explicaciones).



FRANCISCO DE P. COLLADO



II.—Supongo que habrá que tratarle á latigazos.

Fot. Reutlinger.



MISCELANEA



En uno de los próximos números comenzaremos á publicar la novela corta titulada **LA MODELO**.

El de la abnegación:
Renunciar en el mes de Julio á la gran cruz de la orden del baño de Inglaterra.

El de la oportunidad:
Helarse de espanto.

El de la mortificación:
No acercarse en todo el verano al señor Botija.

El del patriotismo bien entendido:
Tomar al pie de la letra aquello de

*Si tremola sin baldón
la bandera roja y gualda,
siento frío por la espalda, etc.*

M. DE C.

Habiendo muerto en un viaje que hizo á París el alcalde de una ciudad que había dispensado muchos beneficios á sus administrados, éstos acordaron manifestar su gratitud erigiéndole en el campo santo del pueblo un monumento fúnebre con la siguiente inscripción: «*Aquí yace Mr. B. enterrado en París.*»

Al dar un ministro audiencia,
Dice á todo pretendiente:
«Ya le tengo á V. *presente*;
Y no miente su excelencia.

Manolita ha alquilado una mamá para que la acompañe al teatro, á paseo, á todas partes. No quiere salir sin una persona que *la autorice*, como dice ella.

Ayer comieron en casa de Manolita unos amigos y por la mañana dijo á la criada:

—Mira, Pepa, hoy tengo convidados y quiero que traigas una excelente comida. Irá contigo mamá, pero fíjate bien en los precios de los artículos, porque mamá es muy ladrona.

Arrodíllate á mi vera:
yo seré el Crucificado,
tú serás la Magdalena.

El día que yo me muera
no te pongas luto, ingrata;
que no lo lleva el verdugo
del infeliz á quien mata.

FERNANDO POU

CHARADAS

I

¿Primera dos? la todo va á la tres,
¿Dos prima dos?—¡Yo que sé!

II

Prima dos terciá me salió la noche
por ir la todo en coche.

III

Notas musicales son
la primera y la tercera;
la segunda en la charada
y el todo para defensa.

F. JOTAPE.

Tercio silábico

* * * * *
* * * * *
* * * * *

Substituir las estrellas por letras de modo que, vertical y horizontalmente, se lea: 1.^a, nombre de varón; 2.^a, nombre de mujer y 3.^a, otro nombre de mujer.

A. ARROYO MANJÓN.

Cuadrado

X X X X X
X X X X X
X X X X X
X X X X X
X X X X X

Substituir las X por letras de forma que, vertical y horizontalmente, se lea: 1.^a, planta; 2.^a, artista célebre; 3.^a, verbo; 4.^a, instrumento de labranza; 5.^a, ave (plural).

ANDRÉS DONATO PÉREZ.

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9 Nombre de varón.
2 3 2 5 4 1 8 2 Para enseñanza.
3 2 7 2 7 4 6 De Canaán.
2 3 2 3 8 2 Arbol.
3 2 3 2 9 »
4 5 2 5 Todos tenemos.
5 8 2 En los meses.
7 8 Negación.
6 Vocal.

K. MARÁ.

Tarjeta

E. Martina Aisene

Combinar estas letras, de manera que resulte nombre y apellido de una célebre actriz.

E. ARIAS.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Vaya.

ROMBO. —
E
E L E
E L E N A
E N E
A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Sinesio Delgado.

MARCHA DE TORRE. —

La poesía es árbol
que llena el mundo,
su flor inútil la deshoja el tiempo
y eternos son sus provechosos frutos.

Correspondencia

J. F. M.—No digo que no se hayan publicado versos peores en otros periódicos, puesto que los que me envía son malos. Cuenta usted bien las sílabas, juega el consonante con cierta facilidad; pero casa mal los vocablos, y no se eleva usted, como debe elevarse un poeta en los pensamientos. Le parece á usted, por ejemplo, que dice algo que merezca elogio cuando pone:

« di abrigo á nacaradas ilusiones »

¡Contra el nácar es substancia formada de cal carbonatada, materia orgánica y agua, dura, etc., según los académicos, y no me parece que las ilusiones tengan parentesco inmediato con semejante cosa, ni aun por lo de las irrisaciones. La ilusión es todo lo contrario á la dureza y demás circunstancias del nácar, puesto que ni siquiera tiene sér efectivo entre las ideas, no pasando, como no pasa, de los límites que le asigna la fantasía cuando abusa de su poder de representar y fingir imágenes. De todos modos, aunque usted se finja á las ilusiones como perlas de la imaginación, estas perlas soñadas no son como las otras perlas; son intangibles é incoloras; tales abusos retóricos han caído ya en descrédito; pertenecen á la infancia del romanticismo, y aun así, para los pobres poetas que no llegaron jamás á ser adolescentes.

A renglón seguido, escribe:

« hice nobles y gratas oblaciones: »

Desde luego las oblaciones deben ser nobles, puesto que se ofrecen á Dios, y siendo nobles, dicho se está que á Dios le serán gratas. Pero dígame con franqueza: ¿no ve usted bien claro que esas oblaciones ahí suenan á ripio? Pues los ripios no los agradece Dios; y vea usted por donde, además del escollo de los adjetivos, que no dan gracia á la dicción más que cuando la dan, ó sea manejados con mucho arte y parsimonia, resultan las oblaciones fuera de tiempo y sazón, falsísimas.

Y no se me ofenda usted. He querido, no molestarle, sinó darle á entender que el escritor no puede prescindir en nuestros tiempos, menos aún que en otros, del estudio. Algo veo en su escrito, y por eso hablo con tanta extensión y en esta forma. Hay consejos que como el cauterio, escuecen, pero curan. Si no lo entiende, con su pan se lo coma, y si lo entiende me dará las gracias.

J. C. L.—Ya ha visto usted por lo anterior, que aquí no se condena ni se rechaza sistemáticamente. Por lo contrario, me gusta alentar á todo el mundo; pero cuando me encuentro con vates como usted que cantan:

« Salió el sol al ocaso y encendido el orto
vi que las peras estaban maduras,
y me quedé absorto
pensando en mis desventuras,
y exclamé: ¿por qué querrá á Manuel
si yo soy más guapo que él? »

cuando me encuentro con un vate así, ¿qué quiere usted que le diga sino vete? Al hombre que sólo ve maduras las peras cuando sale el sol por el ocaso, y que se extraña de que el sol no le quiera como quiere á Manuel, ¿qué consejos, qué lecciones ni advertencias le pueden curar de su incurable majadería?

F. Q. B.—Veamos:

« Si supieras lo que te amo
niña, te volverías loca »

más nunca lo sabrás
que no lo dirá mi boca. »

más vale así: siempre es sensible que pierda la razón un semejante nuestro.

Además el verso, « niña, te volverías loca » es largo, es decir, no es verso. Siempre, y en un cantar sobre todo, afea una asonancia que está tan cerca como la de *niña y volverías*; mas, cuando no es adverbio, no lleva acento; después de *boca* debió poner punto y coma. y después de *sabrás*, coma; el verso, « mas nunca lo sabrás », tampoco es verso, es decir, es corto.

Otros cantares, mejor escritos, ni son nuevos, ni me gustan; algunos ni á cantares llegan.

L. B.—Ni con grabados ni sin ellos:

« Yo no sé qué amor te tengo,
adorada mía,
que cuanto más en él pienso
menos se me olvida. »

Verdad de Pero Grullo

El otro.—Bueno, pero bueno. Lo publicaré.

N. B.—No puedo complacerle, lo siento. No necesita usted certificar, querido.

N. C. Y. T.—« Se oyeron unos monosílabos combinados con unos gemidos... después... un silencio grande dominaba en toda la huerta. »

Claro: hasta los gorriones enmudecieron de asombro ante aquella portentosa combinación de gemir y monosílabear. Aunque tengo para mí que fué más aún por la desfachatez de los dos amantes. ¿Le parece á usted? ¿Irse al campo para meterse en combinaciones?

« Pero bien pronto se perturbó aquel silencio; el joven sobresaltado, temeroso, descompuesto, se levanta... y pregunta con voz temblorosa:

— ¡Qué es eso!
Nadie contestó. »

¡Qué miedo! ¡Y los gorriones tan asombrados! ¿no?

« En efecto no había nadie. »

¡Ah!

¿Pero usted no sabe que aquí no aceptamos *literatura* extravagante, de novela por entregas?

G. N. Z.—Venga de ahí. SOLEÁ.

« Dale que dale,
dale que dale,
dale que dale,
que creo que es mi tía
la hermana de mi mare. »

¡Asín, te desuellen vivo, arrastráol!

V. de P.—*Zeta.*—R. L.—S. L. P.—*Cantárida.*—

M. O.—*Curriyo.*—D. A.—T. V. S.—No sirven sus trabajos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cents.

Núm. 453

